

Ribeyro dio voz  
a los marginales y  
olvidados de la sociedad peruana

# Antología personal



POPULAR



Julio Ramón  
Ribeyro

COLECCIÓN POPULAR

748

ANTOLOGÍA PERSONAL

JULIO RAMÓN RIBEYRO

# Antología personal



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, FCE Perú, 1994  
Primera edición, FCE México (Tierra Firme), 2002  
Segunda edición (Colección Popular), 2019  
Primera edición, FCE Argentina (de la ed. mexicana), 2021

---

Ribeyro, Julio Ramón

Antología personal / Julio Ramón Ribeyro. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2021  
295 p. ; 17 × 11 cm - (Colección Popular)  
ISBN 978-987-719-254-4

1. Literatura Peruana 2. Cuentos 3. Narrativa - I. Título

CDD Pe860

---

*Distribución mundial*

Diseño de portada: Rafael López Castro y Guillermo López Wirth

D. R. © 2021, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.  
Humboldt 2355, 2° piso; C1425FUE Buenos Aires, Argentina  
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar  
Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Por acuerdo con FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México  
www.fondodeculturaeconomica.com

ISBN 978-987-719-254-4

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*  
Hecho el depósito que marca la ley 11723

# ÍNDICE

<i>Introducción</i> .....	9
---------------------------	---

## CUENTOS

Sólo para fumadores .....	13
Silvio en El Rosedal .....	52
La juventud en la otra ribera.....	85

## PROVERBIALES

Episodio romano.....	131
Pobre Ovidio.....	137
La jornada marsellesa .....	143
Al pie de la letra.....	148

## ARTÍCULOS LITERARIOS

Gracias, viejo socarrón .....	157
El vuelo del poeta .....	163
Del espejo de Stendhal al espejo de Proust.....	170
Amor sobre ruedas .....	177
Módulo .....	177
Modo .....	179
Motivo.....	181

## TEATRO

El último cliente .....	187
Confusión en la Prefectura.....	205

## DE PROSAS APÁTRIDAS [217]

## DE DICHOS DE LUDER [243]

## DE DIARIO PERSONAL [253]

## DE AUTOBIOGRAFÍA

Ancestros .....	281
<i>Referencias bibliográficas</i> .....	295

## INTRODUCCIÓN

Para un autor hacer una antología de la totalidad de su obra es una tarea engorrosa. Ya eso de reducir a doscientas o trescientas páginas una obra que abarca miles implica el sacrificio de la mayor parte de lo escrito. Y luego ¿cómo saber si lo poco elegido es lo más representativo o rescatable? Los autores no son a menudo los mejores jueces de su propia creación.

A pesar de ello he aceptado en esta ocasión ser mi antólogo pues esta tarea tiene al menos un interés: saber cómo ve un autor su propia obra, lo que puede ser ilustrativo para sus lectores o críticos. Es muy probable que éstos, llegado el caso, hubieran hecho una antología completamente diferente.

Si un criterio he seguido en la selección es el de abarcar en forma equilibrada los diferentes géneros a través de los cuales me he expresado, de modo que se pueda tener una visión completa, aunque reducida y subjetiva, de las diversas facetas de mi obra. Sólo he hecho una excepción: excluir fragmentos de mis tres novelas publicadas. Una novela es una totalidad, que sólo puede ser apreciada, comprendida y juzgada como totalidad. Publicar fragmentos de ellas es, a mi juicio, irrelevante.

El lector podrá advertir que esta selección comprende ocho rubros. Creo que esta división se explica por sí misma. Sólo caben tal vez estas mínimas aclara-

ciones: *Proverbiales* es el título provisional de un libro inédito de comentarios sobre hechos históricos o actuales conocidos, pero tratados con desenvoltura e ironía, como los europeos escribían a veces sobre nosotros. *Diario personal* reúne algunos pasajes de mi diario que por su carácter puramente narrativo pueden ser leídos como textos autónomos. *Ancestros* es el primer capítulo de mi autobiografía aún inconclusa.

Para terminar, confieso que al revisar en forma sumaria la presente selección he comprobado que su división en rubros no deja de ser relativamente convencional. Se notará que algunos *Proverbiales* podrían ser cuentos o algunos ensayos podrían ser *Proverbiales*, del mismo modo que algunos fragmentos de mi diario podrían ser *Prosas apátridas* y viceversa. Las fronteras entre los llamados géneros literarios son frágiles y catalogar sus textos en uno u otro es a menudo un asunto circunstancial, pues toda obra literaria es en realidad un continuum. Lo importante no es ser cuentista, novelista, ensayista o dramaturgo, sino simplemente escritor.

JULIO RAMÓN RIBEYRO

Barranco, 1994



# PROVERBIALES

## EPISODIO ROMANO

EL POBRE Septimio Severo cometió el error de llamar a sus hijos Caracalla y Geta. Con esos nombres ridículos su destino no podía ser ordinario. La historia guarda de su paso por el mundo un recuerdo tristemente memorable.

El Imperio romano se extendía entonces de las Galias a Persia y de Germania a Mauritania. El viejo monarca había pasado toda su vida en campañas militares a fin de extender y consolidar las fronteras de sus dominios. Ello le impidió consagrarse a la educación de sus hijos que, sin la vigilancia paternal, crecieron en el ocio, el placer y la molición y llegaron a la mocedad sin poseer las virtudes civiles ni las aptitudes guerreras como para, llegado el momento, gobernar con dignidad y firmeza tan vasto territorio.

Pero había algo peor: Caracalla y Geta se odiaban. Desde niños cada cual se había visto rodeado de una corte de consejeros, preceptores, esbirros y lacayos que exacerbaban su emulación hasta convertirla en rivalidad y ésta en encono mortal. Cada corte se libraba, sin esperar la muerte del emperador, a sórdidos cálculos sucesorios y solapadas luchas domésticas. Era de prever que desaparecido Septimio Severo estallaría una guerra civil que dejaría el Imperio exangüe y a merced de la voracidad de los Bárbaros.

Para remediar esta situación el Emperador resolvió ensayar una medida extrema: embarcar a sus hijos en una importante campaña militar. Ello tenía dos ventajas decisivas, aunque excluyentes. La primera era arrancar a los ociosos de su vida disoluta para temprar su ánimo en una gloriosa empresa colonial, que los colmara de orgullo y los predispusiera a un buen gobierno. La segunda era más bien macabra: que uno de sus herederos muriera en la gesta, lo que simplificaría los problemas de sucesión y le ahorraría al Imperio una lucha fratricida.

Septimio paseó su mirada imperial por el mapa de sus dominios y fijó su atención en la extensa isla situada al norte de las Galias y que sus predecesores nunca habían llegado a conquistar. Armando un poderoso ejército se puso al frente de él y a pesar de que la edad y los achaques le impedían caminar y tenía que ser transportado en litera, dio la orden de partida, llevando como lugartenientes a Caracalla y Geta.

Pero esta vez el estratega se equivocó. La campaña británica fue un desastre. Superiores en número y armamento, los romanos pusieron pie en la isla y la recorrieron de sur a norte sin encontrar resistencia abierta. Pero eran esporádicamente hostigados por grupitos de insulares temerarios que les impedían asentarse en ese dominio. En suma, la arcaica táctica de la guerrilla. Para colmo ninguno de sus hijos murió en heroico combate, sino que fue él más bien, el propio Septimio Severo, quien sucumbió en tierra extranjera, súbitamente, a causa de un banal ataque de gota.

Esto fue el signo de la desbandada. Las legiones romanas abandonaron precipitadamente la isla inconquistable, llevando embalsamado el cadáver de su lí-

der, conducidas por Caracalla y Geta que, sin haber sacado de esta expedición gloria ni enseñanza, sólo deseaban estar lo más pronto en Roma para dirimir el problema sucesorio.

Llegando a la capital cada cual se parapetó con los suyos en un ala del palacio, el que terminaron por dividir con un muro, celosamente guardado por ambas partes. A tal punto se temían que sólo se comunicaban mediante cartas o emisarios. Se vivía en una insoponible atmósfera de conspiración y de inminentes golpes de mano. Muchos cuchilleros o envenenadores que se deslizaron de un ala a otra fueron sorprendidos y decapitados.

Esta situación calamitosa no podía durar y Julia Domma, la viuda de Septimio Severo, intervino para aplacar la rivalidad de su prole, siguiendo para ello instrucciones secretas y póstumas de su marido: dividir el Imperio en dos zonas. A Caracalla, en tanto que primogénito, le tocaría Europa y África del Norte, y a Geta Egipto y el Medio Oriente. El primero residiría en Roma y el segundo en Alejandría, a miles de kilómetros de distancia, cada cual con su corte, su senado y sus tesoros.

No se trataba de una desmembración del Imperio, sino de una repartición de competencias y responsabilidades. Para sellar el acuerdo Julia Domma convocó a sus hijos a sus aposentos, la única zona neutral y apacible del palacio, donde esta mujer cultísima y amante de las artes se había recluido con sus poetas, músicos y filósofos. Pero no se contaba con la perfidia de Caracalla. Mediante el soborno y la intriga logró emboscar a sicarios en las habitaciones destinadas a la reconcili-

liación. Cuando los hermanos se encontraron ante su madre y estaban a punto de concertar el acuerdo, los asesinos surgieron tras los cortinajes, apuñalaron a muerte a Geta e hirieron de paso a la dulce Julia Domma quien, muy maternalmente, trató de proteger con su cuerpo a la víctima.

Lo que viene después podría ser tal vez explicado por Dostoievski o Freud, reputados escrutadores de nuestras pulsiones profundas. Por lo pronto, Caracalla trató de *limpiar* su crimen, gracias a una argucia legal que lo absolviera oficialmente de toda culpa. Llamó para ello al más grande jurisconsulto del Imperio, Papiniano, para que tomara la palabra ante el senado y pusiera su elocuencia al servicio de su infamia. Pero Papiniano, con un gesto que será vergüenza de los timoratos y orgullo de los valientes, se negó a intervenir y pronunció una célebre frase: “Más fácil es cometer un crimen que justificarlo”. Hay frases que cuestan caro. A Papiniano le costó la vida.

Este segundo crimen le abrió a Caracalla el apetito y ya que le había sido imposible quitarse de encima el fratricidio trató al menos de no dejar recuerdo de él. Inició entonces la exterminación sistemática de todos los allegados a Geta, no sólo a sus amigos, consejeros y partidarios, sino hasta aquellas personas a quienes alguna vez se les escuchó pronunciar el nombre de su hermano. Veinte mil sujetos fueron pasados por las armas.

Sellada esta carnicería, la vida en Roma se le hizo insoportable, dejó para siempre la capital y emprendió

un viaje errante por las provincias del Imperio, huyendo de sí mismo y de sus fechorías. Viaje demoniaco, tan aterrador como el de cualquier jefe bárbaro, pues fue sembrando la muerte y la destrucción por donde pasaba. Aparte de su ejército, lo acompañaban una legión de cortesanos encargados de distraerlo y una guardia pretoriana que velaba por su vida. Los cortesanos le preparaban orgías, que Caracalla desdeñaba y entregaba al placer de sus lacayos. Se le construyeron circos y teatros para divertirlo, que él mandaba destruir sin siquiera mirarlos. Ninguna otra cosa que no fuera el ejercicio de la crueldad aplacaba su ánimo sombrío. Nerón y Tiberio fueron también expertos en el terror, pero se limitaron a Roma y sus afueras. Caracalla lo extendió a todo el orbe imperial. El más pequeño contratiempo desataba en él una furia devastadora. Alejandría, la segunda ciudad del Imperio en tamaño y esplendor, fue pasada a sangre y fuego porque un notable cometió una infracción al protocolo.

Esta cruzada insana habría sido más sangrienta si su propia truculencia no contuviera ya los gérmenes de su extinción. El encargado de ponerle fin fue un soldado llamado Marcial. Aún un nombre premonitorio, como muchos de los nombres que conserva la historia. Recordemos que el gendarme que osó atentar contra la vida de Robespierre y desencadenó con su gesto el fin de la Revolución francesa se llamaba Merda, lo que eufónicamente es una combinación del *mierda* español, y el *merde* francés.

Marcial, nombre que le convenía tanto por su profesión castrense como por la entereza de su ánimo, pensaba que sus méritos guerreros no habían sido su-

ficientemente recompensados. Concibió entonces un odio asesino contra Caracalla y decidió vengarse. Acceder en armas hasta el emperador era imposible, pues su fidelísima escolta velaba sobre él día y noche. Raras eran las circunstancias en que se encontraba momentáneamente solo y una de ellas era cuando durante un viaje y en plena travesía lo apremiaba alguna urgente necesidad física. Marcial esperó con paciencia la oportunidad y antes de llegar a Capadocia, Caracalla se internó precipitadamente en un bosquecillo, levantando el vuelo de su túnica. Sus pretores lo acompañaron hasta una distancia discreta. Marcial, dando un rodeo, se deslizó entre los árboles y fue para él un juego de niños dar cuenta de un hombre, así fuera el más poderoso de la tierra, que se encontraba en cuclillas, calato y cagando. Así y todo Caracalla tuvo tiempo de emitir un final y estridente pujido que atrajo la atención de su guardia y el pobre Marcial, sin tiempo de escaparse, fue hecho papilla por los pretores.

Ningún novelista hubiera podido imaginar para un felón como Caracalla un final más adecuado.

*Antología personal*, de Julio Ramón Ribeyro,  
se terminó de imprimir en el mes de julio de 2021  
en los Talleres Gráficos Elías Porter, Plaza 1202,  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.  
La tirada fue de 1.700 ejemplares.



**J**ulio Ramón Ribeyro es considerado uno de los mejores escritores de Perú. En la discreción de su estilo, en la sobriedad de su realismo, alienta una personalidad peculiar que misteriosamente desborda la distancia y la ironía con que el autor trabaja sus textos y acaba por hacer que el lector trabaje amistad con él. Este fenómeno infrecuente se da en toda la obra de Ribeyro, que abarca el cuento y la novela, pero también el teatro, el ensayo y el diario personal, aparte de otras modalidades.

Este volumen ofrece una visión global de esa obra por medio de una selección solicitada al propio Ribeyro. "He aceptado ser mi propio antólogo —dice—, pues esta tarea tiene al menos un interés: saber cómo ve el autor su propia obra." Para quienes ya conozcan los libros de Ribeyro, este paseo por su narrativa tendrá un gran atractivo. Para quienes no lo conocen, será una excelente introducción.

Julio Ramón Ribeyro (Lima, 1929-1994) fue profesor de la Universidad Nacional de Huamanga. Trabajó en París como traductor y redactor de la agencia France Presse. En 1972 fue nombrado agregado cultural de Perú en París y, más tarde, embajador ante la UNESCO. En su país fue distinguido con el Premio Nacional de Literatura (1983) y el Premio Nacional de Cultura (1993); en 1994 se le otorgó el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo, uno de los galardones de mayor prestigio.

ISBN 978-967-719-254-4



9 789677 192544